

Solo los fieles

- ¿Quién erradicará esta plaga de ratas? —preguntó Carnus con un alarido guerrero.
- ¡Solo los fieles! —le respondieron sus hombres alzando martillos y escudos— ¡Solo los fieles!

A Carnus, la violencia de la batalla le aclaraba el alma. Le vaciaba la mente y le hacía olvidar que desconocía su pasado. Tras la última reforja, su vida mortal se había diluido en las luces de Azyr. Solo recordaba el olor a tormenta. Y a agua limpia.

Pero Carnus no necesitaba recordar, la luz de Sigmar lo guiaba. Y lo había conducido hasta BlackwaterPits. La amurallada urbe, que dominaba la planicie de bronce de Chamon, recibió su nombre por los fosos húmedos que abrieron con la giro-tuneladora. Pero el artefacto resultó ser salvación y perdición, pues atrajo atenciones indeseadas. El Vidente Gris Skatchnakt pensó que el ingenio podría serle útil. Acudió a husmear pero encontró la ciudadela defendida por los Hallowed Knights, así que no atacó de inmediato. Solo cuando las Cosas-Tormenta se fueron, decidió actuar. Lanzó trece veces trece plagas para mataplastar a la Cosas-Humano. Pero las gentes de BlackwaterPits resistieron hasta la desesperación. Diezmados y acorralados tras sus muros de basalto rúnico, no eran más que prisioneros aguardando el fin. Sin embargo, cuando pensaban que nada podía ir peor, llegó el Necroseísmo. El suelo se agrietó y los muertos se levantaron de las devastadas catacumbas. Los vivos corrieron a encerrarse tras el muro interior. Asediados dentro de un asedio.

Así se lo contaron a Carnus cuando encontró a los supervivientes en un mausoleo. La mirada de terror de aquellas pobres almas se tornó en dicha cuando vieron al enorme caballero plateado en lugar de las deformes alimañas o los espeluznantes nomuertos. «¿Habéis vuelto?». Carnus asintió, y les prometió que acabaría con ambas plagas, aunque dudaba si su pequeño séquito sería suficiente.

Al salir del mausoleo, el cielo se había encapotado con oscuras nubes. Estalló una deflagración en el firmamento y una red de relámpagos blancos y azules recorrió así la tierra como el cielo. Allá donde los rayos alcanzaban el suelo, éste explotaba en geiseres de luz celestial de la que emergían caballeros reforjados para unirse a Carnus. El Rey-Dios había oído sus dudas y proveía refuerzos. «Mucho se exige a quien mucho se concede». Así de grande sería la prueba.

Pero mientras peinaban la ciudad, sin hallar rastro de espectro alguno, llegaron noticias desde las almenas; roepozos con forma de niebla verde estaban cercando el castillo. La guerra era inminente. Carnus y Carcassandra, los señores de la tormenta al mando, no necesitaron hablar para trazar un plan. Carcassandra volaría a lomos de su descomunal Draco Estelar junto a sus Cámaras Extremis para flanquear al enemigo y aplastarlo contra el muro de escudos que Carnus formaría con sus Cámaras Guerreras alrededor del castillo. Ella sería el martillo y Carnus, el yunque.

La primera andanada de ratas enormes y rabiosas salió corriendo de la bruma jade para mascarroer a sus enemigos y saciar su hambre negra, pero fueron contenidas por el muro de Escudoánimas. Al poco, varias alimañas con rudimentarias máscaras de gas cargaron lanzando globos de viento envenenado que explotaban liberando sus gases tóxicos. El sonido de toses y vómitos no tardó en aparecer. Una orden bastó para que la formación se abriera como las fauces de una bestia gigantesca. Un titán plateado que portaba una gran maza Hiendetormentas salió y machacó el cuerpo de una rata. Y otra. Y otra. Solo cuando las redujo a carne apisonada y costillas astilladas, levantó un torso irreconocible como trofeo y le gritó a la niebla «¿Es esto todo lo que tienes?».

Como respuesta, el silbido letal de una bala de piedra bruja cruzó el aire hasta estrellarse contra el yelmo del caballero, que cayó desparramado al suelo. <<¡Francotiradores!>>. Un grito y el muro de escudos volvió a cerrarse. Los siguientes disparos solo arrancaron chispas en la Sigmarita mientras, varias líneas por detrás, Havoc Hel y su guardia de Prosecutors desplegaron sus alas celestiales tomando altura raudos para evitar ser alcanzados por el tirador. Se alzaron y cayeron en picado sobre los mosquetes Jezzail. «¿Quién vengará a los hermanos caídos? » chillaba el heraldo de los cielos. «¡Solo los fieles!» le respondían sus hermanos alados con alaridos tan salvajes que las ratas huían al oírlo. Las jabalinas Llamatormentas empalaron a los que quedaron.

Pero antes de que pudieran celebrar la victoria, los ángeles Azyritas se tambalearon en pleno vuelo entre borbotones de sangre y plumas. Desde el suelo, un nido de amerradoras los abatió. El repiqueteo cesó solo cuando una de las armas automáticas se sobrecalentó y se desestabilizó, disparando contra sus compañeros. Varias ratas murieron al instante mientras las demás se reían del desastre. Entre risas rechinantes y estertores, el siseo eléctrico de los vientos aetéricos trajo al Lord-Aquilor Horrus liderando a la élite de vanguardia de Sigmar, los Vanguard-Pallador. Cabalgando el aéter, gracias a los hipogrifos de asalto, se hicieron corpóreos en medio del equipo de armas y destriparon a las ratas con sus hachas de choque.

Los hipogrifos lanzaban un graznido feroz tras acabar con su presa, cuando una explosión verdinegra destrozó su posición. Al estruendo lo siguió un pitido sordo, aturdiendo a los hermanos de batalla que buscaron a Horrus antes de darse cuenta de que estaban bañados en su sangre y vísceras. El brujo bombardero apartó el Apocacohete y chilló de rabialegría «¡Más-más-más!».

Pero el golpe colosal de la maza Almaastral de un Retributor silenció su insultante existencia. Mientras el cuerpo de la rata se derramaba convertido en tripas humeantes y cenizas, el alma de la criatura se pudo ver unos segundos, desconcertada, antes de desvanecerse. Entonces escucharon un tañido siniestro por encima del estruendo de la batalla. Un sonido funesto y letal. Cada replique pagano de la campana podía llamar la atención de la Rata Cornuda y liberar a los demonios de la corrupción. Había que detenerla, pero estaban demasiado lejos.

El campanario estaba clavado por maderos a un desvencijado carruaje, donde una rata con un hábito gris chillaba plegarias retorcidas que quiebragrietaban el suelo. Carnus se abrió camino a través de un repulsivo pandemio de alimañas para acallarlo con su martillo de guerra y su furia inmortal. Desde el aire, Carcassandra, cabalgando la venganza ineludible, escuchó también el tañido apocalíptico y cayó en picado sobre la condenación rodante. La muerte desde el cielo derribó la ensordecedora campana, pero el vidente gris saltó. Saltó solo para perecer bajo el arma de Carnus, que trituró inmisericorde sus cuartos traseros condenándolo a una muerte lenta y dolorosa.

El martillo golpeó a la corrupción contra el yunque y la guerra terminó, dejando tras de sí un repugnante manto de brasas verdes, sangre y efluvios que apestaban al almizcle del miedo. Pero antes de comunicarles la victoria a las gentes de BlackwaterPits, Carnus acudió a los restos del campanario donde su rival aún vivía entre sollozos y chillidos.

- Desconozco tus motivos, rata, pero... Recibe la paz de Sigmar.
- Sí, sí... Sigmar. Sí, sí. —le respondió el Vidente Gris y, alargando su mano de dedos desiguales, sopló sobre su palma.

Una nube verde alcanzó a Carnus antes de que pudiera apartarse. Entonces llegó la Oscuridad.

El polvo de piedra bruja rasgó el velo que envolvía su alma, y pudo recordar. Recordó una cueva, que escondía una abominación primigenia. Se había hundido en las entrañas de la tierra porque algo terrible había pasado fuera. La realidad se había roto y la magia viva flotaba errante y libre. Durante un tiempo, el aborrecible habitante de la gruta abisal se alimentó de los escasos imprudentes que entraban en la caverna. Pero cuando volvió a vagar por los Reinos Mortales, no tardó en tener compañía. Nadie podía mirarlo sin enloquecer. Lord Karn Borough lo llamaban. Y lo adoraban.

De esta guisa, llegó pronto a las puertas de BlackwatersPit. Allí entró con sus cortes y sus ropajes, seguido de cerca por su guardia imperial, hasta que se topó con los supervivientes a las puertas del mausoleo. Cuando lo vieron llegar gritaron de horror un segundo antes de padecer la locura aberrante, mutándola con su necesidad.

- ¿Habéis vuelto?

Lord Karn, Archirregente de la corte de la Caverna Caníbal, se agachó para escuchar a su súbdito. Por un instante pudo contemplar la realidad, cruda y cruel. Supo que era deforme y viejo como el mal mismo. Supo que estaba rodeado de gules que parodiaban una corte real, vistiendo largas capas de piel humana. Y se encontró preguntando «¿Quién decís que ha vuelto?» Y, con voz entrecortada, su siervo respondió. Asintió y comprendió. Y sintió el peso de la responsabilidad, así como de las hombreras de Sigmarita, sobre los hombros. Y Carnus Stormeater, Lord-Obscurant de los Hallowed Nights, se levantó, bajo la luz renovada del Rey-Dios. Ya casi no sentía el sabor a carne en el paladar.

Se giró entonces hacia la congregada en la plaza.

- ¿Quién erradicará esta plaga de ratas? —preguntó Carnus con un alarido gutural.
- ¡Solo los fieles! —le respondieron los necrófagos— ¡Solo los fieles!